

Agosto

¿Para qué sirve el arte en los tiempos en crisis?

La vida siempre ha sido un vaivén entre crisis y estabilidad. El principio del siglo XX estuvo marcado por el enfrentamiento entre los dos bloques. La guerra fría asustaba a la gente. Se amenazaba con descongelar las armas y meternos en un conflicto que acabaría con la humanidad. Muchas series televisivas y películas de bajo presupuesto nos hablaron de espías del Este, secretos, fórmulas aniquiladoras, muertes, asesinatos y demás tópicos de cine malo.

Entre toda la producción de consumo encontramos obras de arte que nos han hecho reflexionar y pensar con profundidad en el entretendido de redes que la humanidad ha forjado para controlar la economía y los movimientos sociales.

Ninovtchka es una de esas obras de arte inolvidables en las que Greta Garbo, "la divina", se debatía entre la sobriedad del socialismo ruso y la opulencia del capitalismo, ejemplificada en la lucha de una austera espía soviética con el glamour de un París decadente y tórico.

Roza ya el siglo y parece que los ciclos se repiten. Ya no nos asustan con el Este, sino con un amenazante islamismo. Las películas nos siguen hablando de un mundo en conflicto. El Occidente capitalista sigue creando miedos, inventando enemigos, controlando las mentes de los consumidores.

Por todo esto, creo que la lectura es fundamental, que el arte es la piedra a la que subimos en un mar agitado y turbio. Pero el arte que se compromete consigo mismo, con el hombre, con las ideas. No nos hace falta el arte que se vulgariza y se vende, las baratas series, los programas con vedettes de plástico y mente absurda, la risa que idiotiza ni los delincuentes que creen que su mediocre vida y sus fechorías son materia para que un artista escriba novelas o guiones de cine. El arte no es la venta de la vida y de la intimidad, el arte con mayúsculas es lo más puro, lo que no vende al ser humano, pero nos sumerge en nuestro interior. Lo que llega al espíritu y lo eleva después de analizarlo.

Es necesario en estos días de sueños rotos que volvamos a poner al servicio de las gentes un cine, un teatro, una literatura que hable con claridad de los verdaderos problemas que nos azotan, de los valores que han de mover a la humanidad, de la revolución interior que hemos de experimentar para cambiar una sociedad que se sumerge en la falta de creatividad.

Mientras escribo estas atropelladas reflexiones tarareo la letra del tango Cambalache y veo desfilar ante mí una extenuada humanidad que no sabe a dónde ir, ni de dónde viene. ¡Qué acertado estuvo Enrique Santos Discépolo cuando en 1935 escribió estas líneas!

Que el mundo fue y será

una porquería, ya lo sé.

En el quinientos seis

y en el dos mil, también.

Que siempre ha habido chorros,

maquiavelos y estafaos,

contentos y amargaos,

barones y dublés.

Pero que el siglo veinte

es un despliegue

de maldá insolente,

ya no hay quien lo niegue.

Vivimos revolcaos en un merengue

y en el mismo lodo

todos manoseados.

Es una reflexión que nos puede parecer derrotista, pero cuando se enciende la televisión y vemos que un delincuente es entrevistado y elevado a la categoría de gran hazaña, uno piensa dónde están las miles de noticias de buenas personas que están trabajando por la humanidad sin otro aliciente que el devolver la sonrisa a un niño o evitar que alguien muera de hambre, ¿dónde están los informativos y magazines que dediquen a artistas serios o a científicos?

Hoy resulta que es lo mismo

ser derecho que traidor,

ignorante, sabio o chorro,

generoso o estafador...

No podemos dejar que la letra de este tango se convierta en la descripción de nuestra sociedad. ¿A dónde vamos? ¿Qué queremos construir?

¡Todo es igual!

¡Nada es mejor!

Lo mismo un burro

que un gran profesor.

Todo vale y nada tiene límites. Pienso que de este cambalache, en que por momentos se ha convertido la sociedad, sacaremos grandes momentos. Otra vez el cine, la pintura, la música o la literatura serán la salvación y unos pocos irán contagiando a una humanidad que pide una tabla a la que agarrarse.

Mezclao con Stravisky
va Don Bosco y La Mignon,
Don Chicho y Napoleón,
Carnera y San Martín...

Y no, no todo da igual. El que trabaja y piensa, el que puede mirar a los ojos sin avergonzarse siempre podrá reivindicar, pedir, vivir.

El que no llora no mama
y el que no afana es un gil.
¡Dale, nomás...!
¡Dale, que va...!
¡Que allá en el Horno
nos vamo'a encontrar...!
No pienses más; sentate a un lao,
que a nadie importa si naciste honrao...
Es lo mismo el que labura
noche y día como un buey,
que el que vive de los otros,
que el que mata, que el que cura,
o está fuera de la ley.

Y es la ley interior, nuestro tiempo y nuestra reflexión, nuestro compromiso con la vida y con el arte lo único válido. Todos tenemos, dentro de nosotros, un lugar en el que escondernos.

La Ninotchka de Ernst Lubitsch en 1939 tomó una decisión. El amor la cambió, la arrolló en sus redes para convertirla en la novia de un libertino del capitalismo. Todo en la película nos lleva hacia una visión exótica del amor y de la vida.

¿Qué haría hoy nuestra heroína? ¿Quizá vender su intimidad en una revista de moda?

Yo creo que la verdadera Ninotchka seguiría enarbolando la bandera de la rebeldía, de la lucha por un mundo más limpio. Seguiremos pensando, o engañándonos con un mundo en el que aún pueda haber sitio para la inocencia y para la verdad.